

Jesús ante Anás y Caifás

JESUS ANTE ANAS Y CAIFAS

A través de las oscuras y desiertas calles de la ciudad, los guardias condujeron a su prisionero a casa de Anás, suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Anás no tenía ninguna autoridad para juzgar al prisionero, pero por deferencia permitieron esta afrenta para Cristo.

Jesús quedó de pie, ante Anás, en actitud digna y serena. Anás gozaba en aquel momento viendo al gran profeta prisionero del Sanedrín, consejo de los jefes de la nación judía. Después de un momento de duda, Anás hizo una especie de simulacro de interrogatorio a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina.

En su respuesta, Jesús no dijo nada de sus discípulos. En cuanto a la doctrina afirmó: «He hablado siempre en público; he enseñado siempre en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada en secreto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han escuchado. Ellos saben bien lo que he dicho.»

Las serenas palabras de Jesús sorprendieron y desconcertaron al jefe de los judíos. En aquel momento, uno de los guardias que estaba a su lado dio una bofetada a Jesús, diciendo: «¿Así contestas al Sumo Sacerdote?» Un murmullo de aprobación se levantó de entre los presentes. Jesús replicó: «Si he hablado mal, señala lo malo; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?»

Restablecido el orden, Anás no manifestó interés por seguir ocupándose del prisionero. Levantó la sesión y envió al prisionero, atado, a su yerno, Caifás, sumo sacerdote.

A primeras horas de la tarde había sido convocada una sesión especial del Sanedrín.

Con toda claridad, Caifás dio a entender a todos que el prisionero, el odiado profeta, tenía que morir. Sin embargo, para salvar las apariencias, necesitaban testigos. Con promesa de recompensa, se ofrecieron numerosos testigos falsos para declarar contra Jesús.

Después de este prólogo ilegítimo, Caifás mandó traer al prisionero.

Entró Cristo, atado y rodeado de los guardianes del templo. Quedó de pie en medio, ante los jefes del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas. Terminadas las primeras formalidades, empezó la declaración de los testigos. Uno tras otro se presentaron acusando al prisionero, pero sus testimonios se contradecían. Además, no acusaban de nada que mereciera la muerte. Estaban perdiendo un tiempo precioso. Los inicuos jueces que sabían que todas las acusaciones eran falsas, se preguntaban cómo terminaría aquello, cuando se presentaron dos testigos que dijeron: «Nosotros le hemos oído decir: «Yo destruiré este Templo hecho por mano de hombre, y en tres días construiré otro no hecho por mano de hombre.»

La acusación era grave. Caifás y toda la presidencia juzgaban que la sentencia condenatoria tenía que emitirse pronto. Las preguntas hechas a los testigos, demostraron, sin embargo, que la cita era falsa y confusa. No servía.

Habían oído a testigos, pero el consejo no llegaba a ninguna conclusión definitiva. Durante toda la acusación Jesús había guardado el más absoluto silencio sin dar señales de nerviosismo. Caifás, fastidiado al ver todos sus planes deshechos, y sin saber ya qué hacer, olvidó su dignidad y gritó dirigiéndose al prisionero: «¿No contestas nada a todo lo que éstos dicen contra Tí?» Pero Jesús callaba y no contestó nada.

Entonces Caifás dijo: «Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si Tú eres el Cristo Hijo de Dios.»

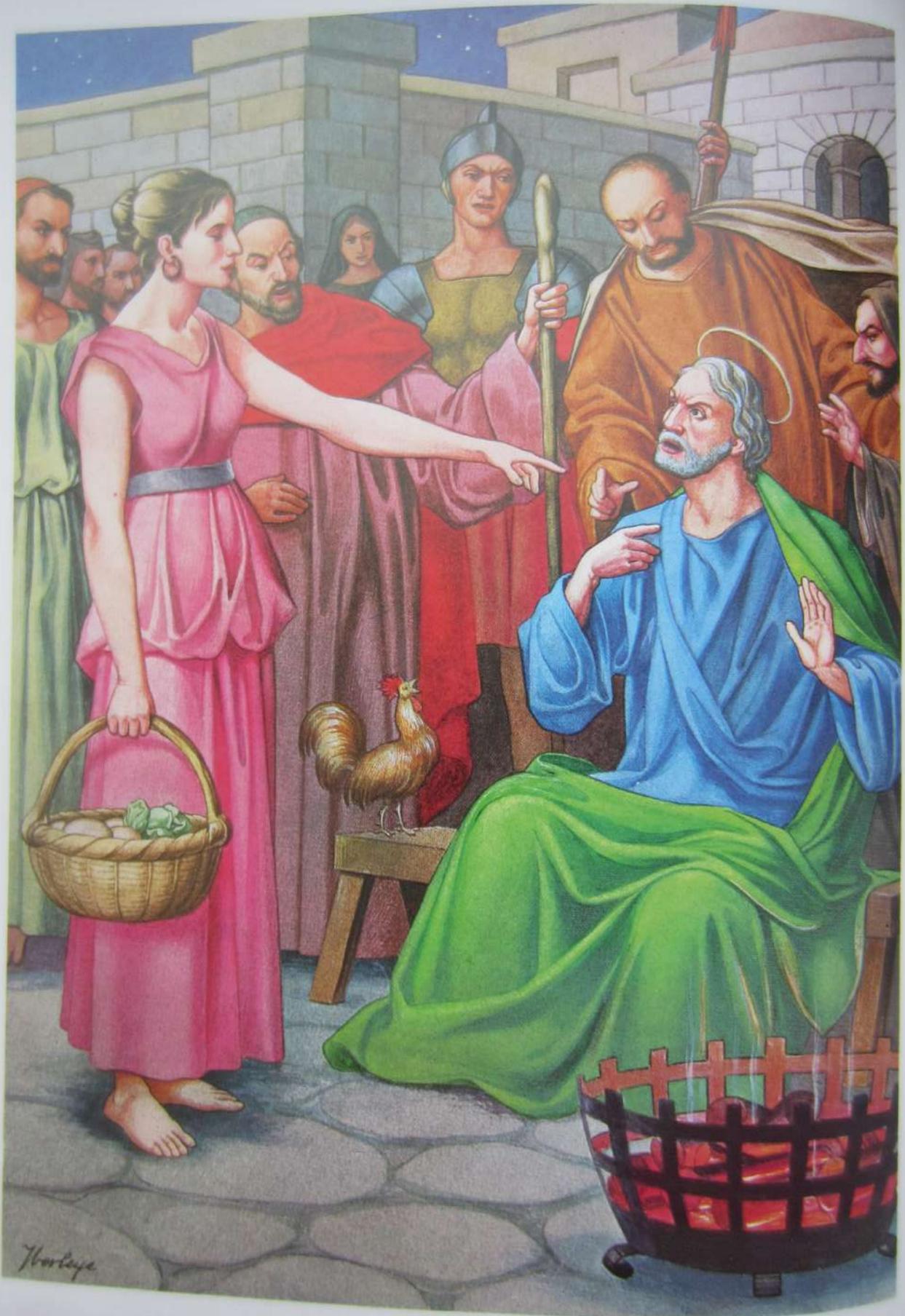
Era una pregunta a la que Jesús no podía menos de contestar. Estaba hecha en nombre de Dios, y la hacía la más alta autoridad del pueblo: «Tú lo has dicho. Y además os digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo.»

«Ha blasfemado», gritó el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras. «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ya oísteis ahora la blasfemia. ¿Qué os parece?»

Y ellos contestaron: «Es reo de muerte». Inmediatamente se levantó la sesión.

Este final era la señal para que los guardianes y todos los que querían ensañarse con Él, llenaran al prisionero de vejámenes. Llovieron sobre Él insultos y golpes. Hasta primeras horas de la mañana no le dejaron ni un momento. Le golpearon, se burlaron de Él, le abofetearon. Le taparon los ojos, y golpeándole le preguntaban que acertara quién le había pegado.

El Sanedrín tenía poder para condenar a muerte, pero no podía ejecutar la sentencia sin el asentimiento del gobernador romano, que entonces era Poncio Pilato. Por esto, al amanecer, pocas horas después de la sesión anterior, se reunió el consejo de los judíos por segunda vez. Tenía por objeto pronunciar una condenación oficial de día, porque la sesión nocturna en la que se había condenado a Jesús no era legal. Además, el consejo estimó oportuno preparar las acusaciones sobre las cuales se basase la acusación ante el gobernador. Sabían que una acusación basada únicamente sobre el aspecto religioso no comportaría la pena de muerte por parte del gobernador. Decidieron así no hacer mención de la acusación de blasfemia, y presentar a Jesús como enemigo de los romanos.



Pedro niega a Jesús

PEDRO NIEGA A JESUS

Pedro se lamentaba de haber abandonado a su Maestro en el huerto de los olivos. Cuando el miedo fue desapareciendo, su amor a Jesús le empujó a seguirle de lejos. Al principio no le permitieron entrar en el patio de la casa a dónde habían llevado a Jesús, pero luego, otro discípulo, conocido de los empleados, logró hacerle entrar.

Acababa de franquear la puerta cuando la portera mirándole le preguntó: «¿No eres tú discípulo de ese hombre?»

Pedro demasiado inquieto contestó secamente: «No. Ni sé de qué me estás hablando.»

Luego, ya en el patio interior, Pedro se acercó a los que se estaban calentando en derredor del fuego; eran servidores del Sanedrín y del sumo sacerdote. Confiando enterarse de algo sobre el Maestro se acercó a ellos. No había pasado mucho rato, cuando uno de ellos, fijándose en él, dijo: «Este hombre estaba también con Jesús de Nazaret.»

Esta vez la inquietud de Pedro fue en aumento. Lanzó imprecaciones y negó llanamente: «No conozco a ese hombre.»

En aquel momento se oyó el primer canto del gallo. Comprendió el error que había cometido acercándose al grupo, y separándose se fue hacia la salida. Allí estuvo casi una hora, solo. Entonces un hombre, pariente de Malco, al que Pedro había cortado una oreja, oyó que una mujer decía a Pedro: «Tú eres uno de los discípulos de ese hombre. También eres galileo. Se te conoce por el acento.»

El hombre, fijándose en Pedro, dijo: «Ciertamente eres uno de ellos. ¿No te vi yo en el huerto?»

Entró a Pedro un miedo terrible, y profiriendo imprecaciones, negó que conociera a Cristo.

De pronto, un silencio. Todos volvieron la vista hacia los guardias que conducían al prisionero. Pedro también miró. Sus ojos se cruzaron con los de Jesús, y la amargura llenó el corazón de Pedro. Se alejó rápidamente y oyó el segundo canto del gallo. Pedro estalló en sollozos.

JESUS ANTE PILATO

El viernes, de mañana, una orden de Caifás obligó a los guardias a que condujesen el prisionero a través de la ciudad al pretorio de Pilato. La mayoría de los miembros del Sanedrín fueron con ellos, dispuestos a terminar con el asunto de una vez. Confiaban convencer a Pilato para que condenara a muerte a Cristo antes de que el pueblo se diese cuenta de lo que sucedía. Se equivocaban. De todos los rincones de la ciudad afluían amigos y enemigos para ver en qué paraba lo del hombre que hasta aquel momento se les había escapado siempre de las manos. ¿Escaparía ahora a las astucias de los jefes, como tantas otras veces? ¿Los príncipes de los sacerdotes podrían con su víctima esta vez?

Pilato les esperaba, a pesar de la hora, pero estaba de mal humor. El Sanedrín no quiso penetrar en la residencia, para no violar la ley que prohibía entrar en casa de un pagano, y poder celebrar la Pascua. Los soldados romanos reemplazaban ahora a los guardianes del templo en la custodia. Desde un balcón, bien a la vista, era desde donde Pilato dirigía el proceso. Les preguntó: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?»

Caifás y los suyos se sintieron injuriados. Contestaron secamente: «Si Éste no hubiera hecho mal, no te lo entregaríamos.»

Pilato repuso: «Tomadlo vosotros y juzgado según vuestra ley.»

Lo que dijeron manifestaba claramente sus planes: «Nosotros no podemos matar a nadie.» Y lanzaron ya acusaciones políticas contra Jesús, las que habían preparado previamente. «Sabemos que solivianta al pueblo, prohibiendo pagar tributo al César y diciendo que es el Ungido rey.»

Este hombre, ¿rey? Estas palabras sorprendieron a Pilato. Entró en el palacio y llamó a Jesús: «¿Eres Tú el rey de los judíos?», le preguntó.

Por tratarse de un representante de Roma, Pilato debía tener en cuenta esta acusación y Jesús contestó a su pregunta con estas palabras: «¿Dices esto por tí mismo, o te lo han dicho otros de Mí?»

Pilato repuso: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»

Jesús contestó a la primera pregunta de Pilato. Había admitido que era rey, luego demostró que su reino era muy distinto de un reino terreno. «Si fuera mi reino de este mundo, mis soldados habrían peleado para que no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.»

«¿Entonces eres rey?», preguntó Pilato.

«Tú lo dices: soy rey. Yo nací y vine al mundo para esto, para atestiguar sobre la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

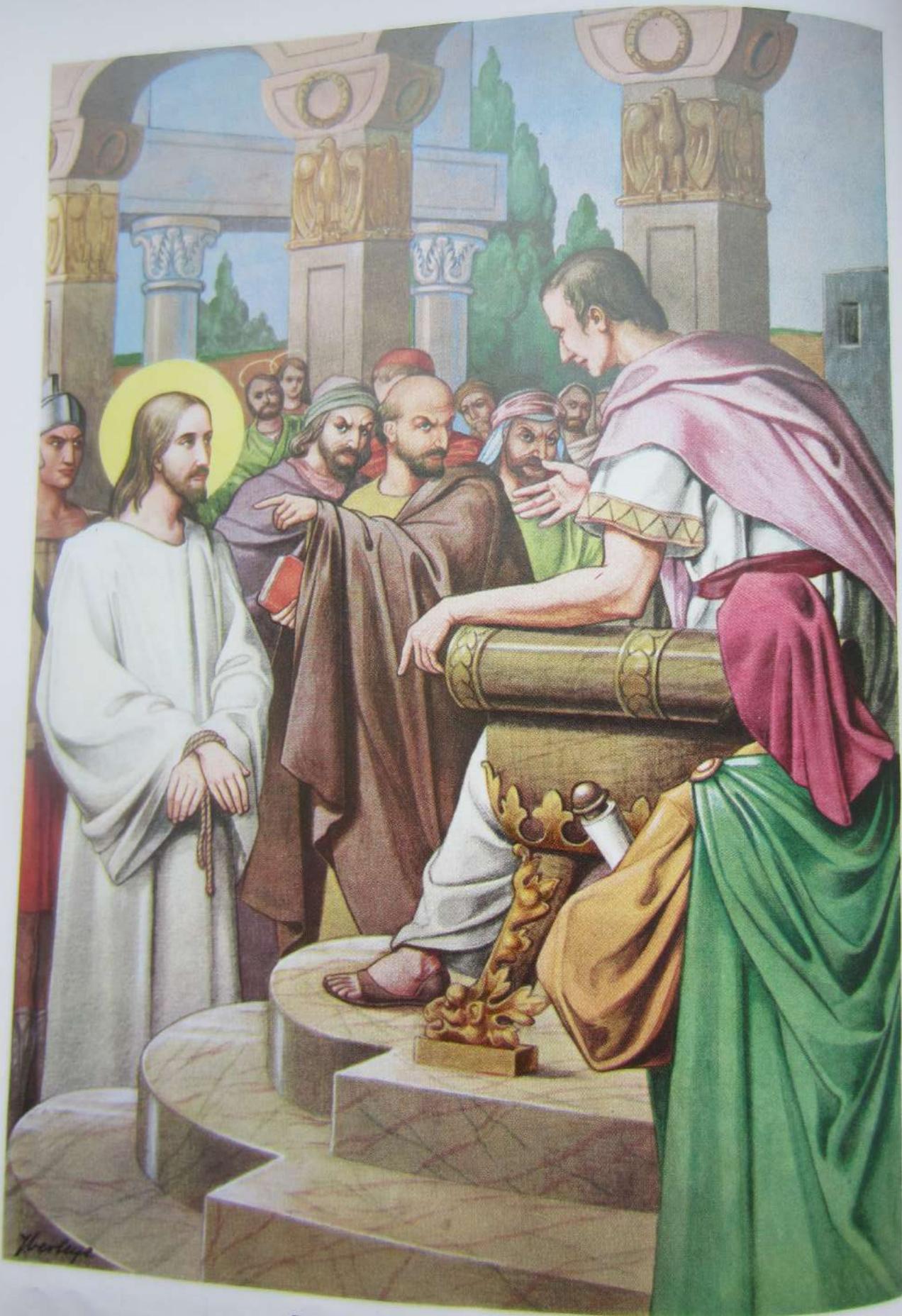
Pilato no estaba muy preocupado de la verdad. Por esto le preguntó con tono de burla: «¿Qué es la verdad?» Y sin aguardar la respuesta salió al balcón y dijo a los judíos: «Yo no encuentro en Éste ninguna culpa.»

Si Pilato hubiese sido un juez justo y valiente, después de haber reconocido la inocencia de Jesús, lo habría puesto en libertad. Pero temía que los jefes del pueblo judío le creasen complicaciones con Roma. Estar bien con Tiberio, el emperador romano, le importaba más que la justicia.

El consejo de los judíos continuó presentando acusaciones contra Cristo, pero Jesús no contestaba nada. Una de las acusaciones impresionó a Pilato: «Subleva al pueblo y enseña por toda Judea, empezando desde Galilea hasta aquí.»

Al oír hablar de Galilea, preguntó Pilato si Jesús era galileo. Al enterarse que sí, lo remitió al tribunal de Herodes.

Herodes, hijo del rey que había buscado a Jesús niño para matarlo, deseaba desde hacía mucho tiempo ver al



Jesús ante Pilato

taumaturgo
mandaba
prodigiosos
silencio
se burla
mitió a

Por
vocó a
presente
mirad,
encont
acusáis
facció
con e

Ca
a un
mina
asesi
bert
que
rís:

esp
por

pr
Sa
pe
co
p
tr
ó



taumaturgo, y se alegró al comunicársele que Pilato se lo mandaba. Tenía ganas de ver con sus propios ojos algunos prodigios. Pero Jesús no hizo ninguno ante Herodes. Guardó silencio total. Molesto y desencantado, Herodes y su corte se burlaron de Jesús, y vestido con una túnica blanca lo remitió a Pilato.

Por segunda vez Pilato era el responsable de todo. Convocó a los príncipes y magistrados y les dijo: «Me habéis presentado a este hombre como si sublevara al pueblo, y, mirad, yo lo he examinado delante de vosotros y no he encontrado a este hombre culpable de las cosas de que le acusáis. Y Herodes tampoco.» Y para dar un poco de satisfacción a los judíos, a los que temía, terminó su declaración con este final injusto: «Le haré azotar y luego le soltaré.»

Cada año, con motivo de la Pascua, se solía dejar libre a un preso. Pilato dejó que escogieran entre Jesús y un criminal conocido, llamado Barrabás, malhechor peligroso y asesino. Pilato estaba seguro que el pueblo pediría la libertad de Jesús. Por esto dijo a la multitud: «Es costumbre que por Pascua deje en libertad a un preso. ¿A cuál preferís: a Barrabás o a Jesús, llamado Cristo?»

Hubo un corto silencio. En esto llegó un recado de Claudia, esposa de Pilato, que le decía: «No te metas con ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños por su causa.»

Este mensaje animó a Pilato para librar a Jesús. Pero los príncipes de los sacerdotes, los jefes y los servidores del Sanedrín aprovecharon el tiempo para llevar a cabo su plan perverso. Se metieron en medio de la muchedumbre para convencerles que reclamaran a Barrabás. Cuando Pilato les preguntó: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?»: la turba gritó: «A Barrabás. Suelta a Barrabás.» La estratagema de Pilato había fracasado.

Fuera de sí, gritó entonces Pilato a la muchedumbre: «¿Y qué voy a hacer con Jesús, llamado el Cristo?»

Se levantó un clamor salvaje: «Crucifícale, crucifícale.»

Pilato preguntó: «Pero ¿qué mal ha hecho?»



Jesús es azotado

Y ellos gritaron todavía más fuerte: «Que sea crucificado.»

Pilato viendo que aquello cada vez se ponía peor, hizo traer agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo: «Soy inocente de esta sangre; vosotros veréis.»

Y contestó el pueblo entero: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Entonces Pilato de mala gana les soltó a Barrabás y ordenó que azotaran a Jesús.

JESUS ES AZOTADO

Entre los romanos, la crucifixión iba precedida de la flagelación. Los judíos, pusieron un tope a este suplicio, limitando los azotes a 39 golpes. Solían usar un azote, con tres extremidades de cuero. La flagelación inferida por los romanos era mucho más cruel. Los azotes de los romanos estaban formados por materiales mucho más dolorosos. No había límite al número de golpes, dependiendo del humor de los sayones. Al ser romanos los sayones no sabemos el número de golpes que recibió el Señor. La flagelación fue dura y dolorosa, ciertamente.

El estado lamentable en que quedó Jesús después de la flagelación no movió a piedad a los soldados. Uno de ellos propuso simular una coronación, ya que el reo se las daba de rey. Aceptaron todos la idea. Con la coronación no pretendían infligir un nuevo suplicio a Jesús, aunque en sí fuera doloroso, sino más bien divertirse a costa de Él.

Le condujeron al patio reservado a los soldados. Como burla de su dignidad real, le echaron encima un manto de púrpura que hallaron abandonado. Tejieron rápidamente una corona de ramas, con espinas agudas, y se la clavaron en la cabeza de Jesús. Como cetro, le pusieron en las manos una caña. Luego la tropa pasó por delante de Él, arrodillándose por turno y diciéndole: «Salve, rey de los judíos.» Y tomando la caña le golpeaban en la cabeza, escupiéndole en la cara y burlándose de Él.



He aquí al hombre

HE AQUÍ AL HOMBRE

Pilato estaba preocupado. Intentaba todavía librar a Jesús, pero sin correr riesgo alguno. Ideó otra cosa para lograrlo. Después de la flagelación y de la coronación de espinas, Jesús, vestido con la ropa de púrpura en señal de burla y con una caña en la mano, inspiraba compasión. El gobernador se lo presentaría al pueblo. Pilato estaba convencido que al verle todos se llenarían de compasión. Por esto sacó a Jesús al balcón y dijo: «He aquí al hombre», como diciendo: «Mirad cómo ha quedado, y apiadaos de Él.»

Pero la vista de Jesús no levantó más que un sentimiento de odio en el pecho de los sacerdotes, guardianes y muchos curiosos. Con rabia frenética gritaron: «Crucifícale, crucifícale.»

Pilato, sabiendo que no había motivo serio para gritar de tal manera, dijo lleno de ironía: «Tomadle vosotros y crucifícadle, porque yo no encuentro en Él ninguna culpa.»

Los sacerdotes comenzaron a impacientarse al ver que sus esfuerzos no servían de nada. En un último intento, sacaron a relucir el motivo que fundamentalmente tenían contra Jesús, le acusaban de blasfemo: «Ha blasfemado haciéndose hijo de Dios.»

Durante todo el proceso, Jesús había impresionado profundamente a Pilato. Nunca había visto a un prisionero que se callase ante las falsas acusaciones, soportase las burlas, los desprecios y aún las injurias, nadie que tuviera tanta paciencia y grandeza de alma como aquel hombre. Oyendo que se había llamado hijo de Dios, Pilato lleno de un miedo supersticioso, le tomó aparte y le dijo: «¿De dónde eres Tú?»

Jesús no le contestó. Pilato prosiguió: «¿No me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y tengo poder para crucificarte?»

Respondió Jesús: «No tendrías ningún poder sobre Mí si no se te hubiera dado desde arriba. Por eso el que me ha entregado a ti, tiene mayor pecado.»

La insistencia de los judíos reclamando la muerte de Jesús por fin venció a Pilato. Y se lo entregó para ser crucificado.



Camino del Calvario

CAMINO DEL CALVARIO

La sentencia fue inmediatamente ejecutada. Los soldados le quitaron el manto de púrpura y le volvieron a poner sus propias vestiduras. Con gran amor aceptó Jesús la pesada carga de la cruz. Significaba la tortura y la muerte, pero también el cumplimiento de la voluntad de su Padre celestial y la redención de las almas. Con resignación y amor la recibió Jesús sobre sus espaldas.

El camino del Calvario fue anunciado por un heraldo al son de trompeta. A la cabeza de la comitiva iba el centurión encargado de ejecutar la sentencia. Montaba a caballo. Miembros del Consejo seguían a Jesús, así como dos ladrones que debían ser crucificados con Él. El odio satánico de los miembros del Sanedrín les incitaba a ser testigos del fin trágico y de los sufrimientos de la inocente víctima. El cortejo se cerraba con una muchedumbre ávida del espectáculo sangrante de la crucifixión.

El camino que llevaba al Calvario era corto. Descendía primero para subir luego rápidamente a la cima del Calvario. Jesús estaba muy débil y la carga de la cruz pesaba demasiado sobre sus espaldas. Tanto que cayó tres veces en el camino. Los soldados, temiendo no llegara con vida, obligaron a un transeúnte a que llevase la cruz. Era Simón de Cirene, padre de Alejandro y Rufo. Primero Simón llevó la cruz de mala gana, pero pronto movido por la gracia divina, lo hizo lleno de gran compasión.

No todos los espectadores del drama se dejaban llevar por los mismos sentimientos de odio contra el varón de dolores. Unas mujeres se habían parado junto al camino y lloraban compadecidas. Jesús se detuvo y les dirigió la palabra. Les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos.» Inmediatamente profetizó la destrucción de Jerusalén y los sufrimientos que muchos padecerían por haber permanecido ciega la ciudad a la visita afectuosa de Dios.

Después de franquear la puerta, la procesión llegó al montículo que Jesús subió lentamente y con gran dificultad. La hora de la crucifixión había llegado.



Jesús muere en la cruz

JESUS MUERE EN LA CRUZ

Cuando los condenados llegaron a la cima del Calvario, se les ofreció una copa de vino mezclada con una sustancia llamada mirra, que tenía la virtud de atenuar el dolor. Pero Jesús la rehusó. Inmediatamente las víctimas fueron despojadas de sus ropas. Y llegó el momento terrible. Jesús fue extendido sobre la cruz; sus manos, hechas para bendecir, sus pies que tantas veces habían recorrido los caminos de Palestina repartiendo la paz y la alegría, fueron a martillazos clavados en el madero de la cruz. Una tablilla de madera con la inscripción: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos», pendía sobre su cabeza. Los verdugos levantaron la cruz que dejaron caer luego en el agujero preparado anteriormente. Y Cristo quedó suspendido en la cruz entre dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Cuando los escribas y fariseos vieron por fin a Jesús clavado en el patíbulo infame, a punto de morir, respiraron satisfechos. Los cabecillas y el populacho se aproximaban a la cruz y mortificaban al Señor con palabras provocadoras: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a Ti mismo, si eres Hijo de Dios y baja de la cruz. Ha salvado a otros y no se puede salvar Él mismo.»

Jesús levantando los ojos al cielo imploró misericordia a su Padre: «Padre, perdónales, no saben lo que hacen.»

Los ladrones crucificados añadían injurias a las de la turba. Pero pronto el que estaba crucificado a su derecha descubrió la paciencia y la resignación de aquel «rey». Movidado por la gracia, pidió a Jesús que se acordara de él cuando llegara a su reino. Jesús le prometió no sólo lo que él pedía, sino que entraría en el paraíso aquel mismo día.

Al mediodía las tinieblas empezaron a cubrir la tierra. Poco a poco, la turba burlona se calló y se fue alejando. No pocos al retirarse se golpeaban el pecho. El silencio y la paz rodeaban el Calvario. La Madre de Jesús, así como Juan y varias piadosas mujeres que se habían mantenido alejados por la turba, se acercaron a la cruz.

Cuando Jesús vio a su madre le dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Y dirigiéndose a Juan: «Ahí tienes a tu madre.»

Más tarde, en medio de la agonía, un grito angustioso rompió el silencio. Gritó Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Al cabo de tres horas, sabiendo Jesús que sus sufrimientos iban a concluir y que la obra de la Redención se había realizado, exclamó: «Está cumplido» y con voz fuerte añadió: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu.»

E inclinando la cabeza, expiró. Había terminado el sangrante y triunfal sacrificio del Calvario.